

DOS POETAS MEXICANOS CONTEMPORÁNEOS

Conferencia pronunciada en la Universidad de Nuevo León

He circunscrito el tema de esta conferencia sobre poesía mexicana contemporánea –para evitar el fardo de una erudición esquemática e inútil- a sólo dos de nuestros poetas actuales: OCTAVIO PAZ Y MANUEL PONCE. Dos poetas que, a pesar de su juventud, nos ofrecen ya los frutos de su excelente madurez poética. Dos actitudes vitales y dos estilos radicalmente distintos, no obstante los rigores comunes a que someten, para su encarnación en el verbo, esa participación de la inteligencia en la belleza, que es la intuición en la poesía.

Pero es esa diversidad de estilos y experiencias, la que puede hacer más fecunda e interesante esta incursión en el campo de nuestra poesía.

PARÁBOLA POÉTICA DE OCTAVIO PAZ

La obra de Octavio Paz está contenida fundamentalmente en dos libros: *A la Orilla del Mundo* y *Libertad bajo Palabra*. El primero de ellos recoge toda la producción de Paz hasta 1942; así: *Primer Día*, *Bajo tu clara sombra*, *Raíz de hombre*, *Noche de Resurrecciones* y *A la Orilla del Mundo*, que da título a todo el volumen. El segundo, contiene la producción posterior hasta 1949.

Sin lugar a dudas, podemos afirmar que nadie ha calado más hondo, ni con más ahínco en las profundidades abisales de su experiencia vital y poética que este poeta nuestro. Todo su amor, su desesperación, su esperanza, su deseo, su desilusión, cuelgan de una sola sed y una sola hambre: el afán de tocar los límites de lo absoluto, de fundirse y confundirse con él. Sed y hambre de ser; búsqueda infatigable, corridos todos los riesgos, probados todos los excesos. Lucha dramática entre el poeta y su conciencia, hasta la desaparición de ésta, a través del vértigo que desemboca en la noche cerrada del olvido. Y como resultante: su poesía: expresión de esa desgarrada tentativa; testimonio de la desesperación, frustrado el éxtasis del amor dichoso; poesía de vida y muerte; en una palabra, poesía prendida a la propia experiencia y caída en una noche subjetiva –drama y pecado de Narciso- sin puertas ni ventanas.

En un artículo –de consulta necesaria para explicar la estética de O. Paz- él mismo nos dice:

“En la comunión que el poeta busca descubre la fuerza secreta del mundo... la descubre y se hunde en ella. Esa fuerza es la del éxtasis, la del vértigo, que brota como una fascinación en la cumbre del contacto espiritual o carnal... Apetito que quiere ser, ser hasta el límite y más allá del límite del ser..., sed que no retrocede ante la caída, antes bien, busca palpar en su exceso vital, en su desgarramiento de sí, esa caída sin fin que le revela la inmortalidad y la muerte, el reino negro del olvido. Hambre de vida, sí; pero también de muerte”.

Esta doble hambre a la que alude sólo se da en el amor. Porque en el amor no sólo hay que ver, según Paz, un instinto de sobrevivir, sino también un instinto de morir, como parte de su contradictoria naturaleza. “En él alientan el arrobo silencioso, el vértigo, la seducción del abismo, el deseo de caer infinitamente y sin reposo, cada vez más hondo; y la nostalgia de nuestro origen, oscuro movimiento del hombre hacia su raíz, hacia su propio nacimiento”.

Ahora bien, el único medio que el poeta nos propone para tocar el Absoluto son los sentidos: “Porque la eternidad y lo absoluto no están más allá de nuestros sentidos sino en ellos mismos”.

Lo anterior sirve también para señalar el cauce por donde se vierte la poesía de Octavio Paz. Es el cauce del Alto Romanticismo, la influencia abrasadora de Novalis, de Nerval, de Baudelaire, de Rimbaud, de Lautremont, de Poe, de Keats, de Hölderling, de Blake, de Mallarmé. La llameante influencia de todos estos poetas que, proscritos de su tiempo, vivieron transidos por la nostalgia de un estado perdido, en el que pretendían encontrar la unidad con el mundo y con sus creaciones. Poetas malditos, atormentados, elementales, que salen del Infinito para volverse a sumergir en él, rozando apenas en su viaje el mundo de las realidades.

Paz mismo lo reconoce: “La seducción –declara- que sobre nosotros ejercen estos maestros, únicos maestros posibles, se debe a la veracidad con que encarnaron ese propósito que intenta unir dos tendencias paralelas del espíritu humano: la conciencia y la inocencia, la experiencia y la expresión, el acto y la palabra que lo revela. O para decirlo con las palabras de uno de ellos: ‘El Matrimonio del Cielo y del Infierno’ ”.

Bajo tu clara sombra

Punto de partida para el análisis de la parábola poética de Octavio Paz, es el libro que lleva por título *Bajo tu clara sombra*. En *Primer día* encontramos, sí, poemas, cuya estructura y temática anuncian ya su voz personal. Sea por ejemplo:

“Más hondo, bajo piel, en la espesura
de latidos y sangre, verdes venas,
donde llamas se tornan azucenas...

¡Qué desnudo existir sin nacimiento!
¡Qué morir de mi voz, mi lengua ardida,
deshechas mis palabras en tu aliento!

Pero las influencias son tan evidentes –Carlos Pellicer deja su huella en los sonetos- que preferimos omitirlas, para conservar la unidad del estudio.

Ligada de modo indestructible al Amor –Amor, ardido ensueño de adolescente- nace, ante el azoro del poeta, la voz personal:

“Nacían las palabras,
y eran como palomas y luceros...

Nacían las palabras,
las jubilosas sílabas de amor...

Nacía el mundo,
nacía en áureos nombres”.

En este poema inicial se anticipa la temática del libro entero: nacimiento de la voz, asombro, experiencia primera, nacimiento del mundo, bajo la clara sombra:

“Bajo tu clara sombra
nacen ojos y manos que se gozan
con la caricia antigua de la tierra”.

Pasmo del mundo, y en el pasmo: sangre sin voz, latir sediento y mudo. ¿Cómo decir entonces...

“... su carne que se dora
al vegetal incendio de su pelo,
la voz con que saluda al verde día,
el delirante mármol de la falda,
sereno torbellino de la gracia?”.

Será en esta conciencia –ardimiento del pasmo y mudez inhibitoria- donde el poeta encuentre el apoyo para pedir imperativamente:

“Amor, dame tu voz quemante y fresca,
tu voz que me destruye y resucita...

la palabra del goce de la tierra”.

Esto explica que todos los poemas posteriores se resuelvan en un canto a la belleza de la tierra, al amor de la tierra y de los elementos, y que traduzcan esa vertiginosa embriaguez en que el poeta se mira sumergido. Frenesí de los sentidos: fiesta de luz, resplandor de las formas; imperio de la música, exaltación del aroma, del gusto y la caricia. Los ejemplos podrían multiplicarse:

“Tengo que hablaros de ella.
De la que alza blancos tumultos en el aire,
claras espumas en el día,
de la que puebla de vivos mármoles la noche”.

Lenguaje de una plasticidad felicísima, atenta al movimiento de las imágenes que despierta. Característica de toda la poesía de Octavio Paz.

“Discípula de pájaros y nubes
hace girar al cielo dulcemente,
al cielo suspendido
que sólo es un recuerdo
de flautas sumergidas...

Crece como la sed de las espigas,
su voz, alba terrestre,
hondo anuncio de aguas rescatadas
que bañan a mi carne,

y humedecen los labios presentidos...”

Sí. Hondo, apasionado cántico a la tierra. Arrebatado cántico al poder de la tierra y del mundo:

“Mira el poder del mundo,
Mira su forma tensa,
Su hermosura inconsciente, luminosa...”

Y que pone en juego armonioso todos los sentidos:

“Toca mi piel, de barro, de diamante,
oye mi voz en fuentes subterráneas,
mira mi boca en esa lluvia oscura,
mi cuerpo, mis latidos y mi sombra
en el naciente vaho,
tierna niebla que crece sobre el mundo”.

Correspondencia absoluta entre mundo y cuerpo. Y por ella, el poeta se aferra al cuerpo, al polvo, a la ceniza:

“Atado a este polvo sin retorno
te amo, polvo mío”.

Más explícitamente, a través del cuerpo, el poeta asciende al éxtasis:

“Este fuego, que apenas hoy nacido
es ya tierra, cenizas indelebiles;
estos labios y dientes,
estos ojos hambrientos
me desnudan de mí
y su furiosa gracia me levanta
hasta los quietos cielos
donde vibra un instante
la frenética música:
la cima de los besos,
la plenitud del mundo y de sus formas”.

“Nada me desengaña, el mundo me ha hechizado”. Este revelador verso de Quevedo que Paz ha escogido para epígrafe de su libro, es reiterado en versión personal en la terminación de *Bajo tu clara sombra*:

“Y brotan de mi boca las palabras...
como tú mismo, mundo,
que así me resucitas y me llevas,
inerte ante tu gracia
y por tu inmóvil música hechizado”.

Raíz del Hombre

Mediante la expresión de su experiencia, Paz ha tornado sagrado el mundo; su palabra ha sacramentado –ante él mismo- la relación del hombre con el mundo.

En el siguiente libro, *Raíz del Hombre*, su propósito será –ya veremos a qué precio- sacramentar las relaciones entre el hombre y la mujer. He aquí la doctrina estética que preside este nuevo intento: “Los amantes –dice Paz en el artículo ya aludido- descienden hacia estados cada vez más antiguos y desnudos: rescatan al animal humillado y al vegetal soñoliento que viven en cada uno de nosotros y tienen el presentimiento de la pura energía que mueve al universo y de la inercia en que culmina el vértigo de esa energía”... “En la profundidad de ese vértigo el hombre y la mujer tocan lo absoluto, el reino en donde los contrarios se reconcilian y la vida y la muerte pactan en unos labios que se funden. El cuerpo y el alma en ese instante son lo mismo y la piel es como una nueva conciencia, conciencia de lo infinito, vertida hacia lo infinito... El tacto y todos los sentidos dejan de servir al placer o al conocimiento... y lejos de constituir las antenas de la conciencia, la difunden en lo absoluto, la reintegran a la energía original”.

Nadie ha escrito –a través de la historia literaria de México- sobre temas eróticos con el ardimiento, la fuerza encendida de Octavio Paz. Todos los diques de lo posible parecen rotos ante la embriaguez, el arrebató, la locura de un amor llevado a sus últimos excesos. A través de la pasión, quiere el poeta lograr la comunión extrema, su fusión, su disolución en lo absoluto, pérdida y toda conciencia y alcanzando el reino negro del olvido.

El tema se anuncia con un ímpetu inflamado que no decaerá sino hasta que pasado el vértigo el poeta recobre la sorda conciencia, el amargo gusto de lo cotidiano.

“Un dios, Amor, frenético y oscuro
mueve al silencio tenebroso en cantos,
a mi lengua deshecha en alaridos...”

Ardan todas las voces
y quémense los labios...”

Son estos labios, estas voces, esta lengua deshecha en alarido, los que expresarán la ardida experiencia en ese río de fuego que arrastra a los amantes. Todo el poema es una inmensa hoguera: experiencia quemada en llamas, iluminada por las llamas y por ellas consumida. He aquí algunos ejemplos, entre muchos.

“¡Amor, Amor, qué sombras nos oprimen!,
¡qué lentos aires tibios nos devoran!,
¡qué fértiles incendios en la noche
nos cubren de presagios y de llamas!,
¡qué silencios nos ciñen y destruyen!...”

“Ay, sed, desgarradura,
horror de heridos ojos
donde mi origen y mi muerte veo,
graves ojos de náufraga
citándome a la espuma...
en un voraz vacío
que nos hunde en nosotros.

Ay, paralelos ríos despeñados,
camino de agonías
erizado de ráfagas y besos;
ay, sedientas fronteras,
silenciosas orillas de los cuerpos,
estremeciendo límite,
ola impalpable y son desconocido...”

Y como cabal comprobación de su de su doctrina poética:

“Arrojados a blancas espirales
rozamos nuestro origen y raíces;...
el vegetal nos llama,

la piedra nos recuerda..."

Es la frontera última. ¿Vida o muerte? ¿Ascenso o descenso? Ascensión hasta el origen; nacimiento en el principio del mundo, ya retrocedidas edades, tiempos sueños. Descendimiento a los dulces abismos donde la muerte misma hace su presencia. Poesía de vida, pero también de muerte.

"Junto a tu sangre quedo,
como un fúnebre grito entre la muerte,
en una soledad desamparada".

El tema de la muerte es como una transición hacia el desengaño, salida inevitable del exceso:

"En el amor amamos en la muerte,
a orillas de los mundos donde nacen
el espanto y la sed de lo invisible".

De ahí en adelante, la conciencia desengañada testificará la fugacidad del placer y del éxtasis. Todo pasa; mueren las palabras y se marchitan los labios más puros, el encendido júbilo y los miembros amables. La amada termina por ser una hostilidad sumisa en un cuerpo poseído sin júbilo, en una larga, desesperada ausencia. Oigamos preguntarse al poeta:

"¿Acaso es éste, amigos,
el amor prometido?"

Pero la decepción no acaba, sino enciende aún más la sed. A través de una conciencia que rechaza el desorden triste en que ha caído, Paz lanza, como expresión de una nostalgia desesperada, el grito más hondo de su libro:

"Un hombre, un pedazo de ti, Dios mío,
alza las manos en tu busca".

Pero es sólo un grito. La persistencia del recuerdo ha llevado a Octavio Paz a análisis de penetración cada vez más entrañable, de los que mana su desilusión desgarrada. Todo parece juzgado por el fuego, la sed, la desnudez, el mundo, el corazón, los huesos, la ceniza. Y sin embargo, todas aquellas noches han sido:

“Noches estériles y amargas
como mi estéril lágrima”.

He aquí la única certidumbre: la soledad, el llanto, el desorden del mundo, la tristeza, la muerte.

Sí, el poeta en busca de lo absoluto, desemboca en la muerte. Su lucidez reitera –con insistencia cada vez más aguda- el tema de la muerte, entraña escondida del amor:

“Bajo este amor de fieras agonías
hay una sed inmóvil,
un enlutado río,
presencia de la muerte,
donde canta el olvido nuestra muerte”.

Noche de Resurrección

Bajo este clima: decepción y certeza sobre la misma sed, abre sus páginas *Noche de Resurrecciones*, en cuyo pórtico ha dejado el poeta este suavísimo verso:

“Blanda invasión de alas es la noche...”

Entre los grandes temas que ilumina Paz con su experiencia poética –y al mismo tiempo como marco de ésta- hay que señalar el tema de la noche. Ya hemos visto cómo en los anteriores libros el poeta lo ha tocado tangencialmente. Pero ahora, el libro mismo es un contradictorio cántico a la noche, a través del cual persiste la sed como dramática interrogante a su destino.

“Tocas mi corazón, oh tenebrosa,
allá donde un mar quieto
hace encallar la luz,
donde lo vivo nace
y en la muerte final se reconcilia”.

“Vivimos sepultados en tus aguas desnudas,

oh noche, mar de carne...
codicioso jadeo de negra bestia pura”.

“¿Qué semillas, qué sueños...
dentro de mí me sueñan, viva noche del alma?
el sueño de la muerte te sueña por mi carne,
mas en tu carne sueña mi carne su retorno...”

La lucha entre la conciencia y el arrobó, drama de toda la poesía de Paz, nuevamente se
inicia:

“Contempla, Amor, al borde de la noche
infinita y vacía,
cómo los cuerpos ávidos se ligan
y cómo se deshacen;
cómo nada perdura,
ni el beso, ni la noche...”

Decepción que frente a la permanencia del fuego se pregunta:

“Dime, ¿por qué mi angustia es rechazada?
¿por qué busca mi vena
una sangre que olvide en mí su angustia?”

“¿Qué abismo hecho de nada
nos ahonda los fosos de la angustia?”

Ávido fuego sin salida, angustia sin ventanas. Nada, sino esta sórdida conciencia:

“Sobre los laxos cuerpos
inmersos en sí mismos,
caen horas espesas, vengativas”.

¡Qué lejanos los días en que el poeta arrobado cantaba a la naturaleza: al verde caracol de la tormenta, al torso azul del día, a la rosa caída entre los ojos de la amada, a la inocencia del mundo, a la tierra, vivo fruto sin nombre!

¡Qué distinto el tono de la voz que ahora se pregunta:

“¿Qué demonio hace mi lengua impura
y turbias mis palabras
y desierta mi vena,
que no reflejo nada,
sino tu espanto, Mundo?”

Una quiebra radical, un desasimiento del mundo, una separación de aquella relación sacramentada parece haberse derivado de esta otra relación entre el hombre y la mujer:

“Como carbón muriendo entre cenizas,
quedo tendido y solo,
a la orilla del cielo desterrado...”

Y más fuerte aún la voz:

“Ay límite del mundo,
región sin esperanza,
¿quién llora, quién me llama,
allá, en el otro lado de mi sueño?”

Soledad final, naturaleza herida, piedra caída entre las piedras. Mas, desde ahí, desde la cárcel mineral, desde la entraña de la roca nocturna: la sed, la insaciable sed de lo absoluto y el aferrarse de la conciencia a los sentidos: tacto, conciencia del cuerpo, y a través de ellos, recobrar nuevamente el hechizo perdido:

“Llebadme hacia mi origen...
donde tu nombre, mundo,
es tan eterno y mío.

Desatadme y llebadme
allá donde la misma muerte muere,
donde todo es presencia,
más allá del olvido y la memoria;

en el seno del tiempo,
en donde permanezca
eternamente vivo y renaciendo”.

Comprendemos al final el sentido de esta *Noche de Resurrecciones*. Es el nacimiento, el renacimiento desde la nada al mundo, paraíso recobrado, prodigio de los sentidos. Embriaguez de las formas, gozoso cántico a las criaturas a través de la libertad:

“Oh libertad flotante,
oh mar de sonos, formas, resplandores,
me anego en tu riqueza
y en tus ondas me encuentro;
todo lo que contemplo me contempla
y soy al mismo tiempo fruto y labio
y lo que permanece y lo que huye”.

A la Orilla del Mundo

Con *A la Orilla del Mundo* —el libro más bello de Octavio Paz— se cierra el primer volumen de su poesía. Lirismo puro, donde el fervor estético se centra más allá del amor y de la noche, en las salidas a la libertad para la reconquista de la comunión del poeta con el mundo. Paz encuentra estos medios de evasión en el sueño, el tacto, la esperanza y la poesía. Veamos brevemente cómo se opera la pretendida libertad del poeta.

Al comenzar el primer poema *Al sueño* enmarcado también por la hora nocturna— se proclama el triunfo de la noche, que extiende totalitariamente, desoladoramente, sus dominios sobre el mundo: “la noche canta sola”. Y bajo el canto nocturno sólo observa el poeta el desamparo de los cuerpos, rotos, indefensos, ciegos, el llanto que los gime y el sitio en que la muerte los limita. La noche canta sola, pero sobre su negro canto, una región de libertad, el imperio del sueño en cuya sombra todas las formas se desvanecen. Odio, amor, vida, lágrimas, años, angustia, todo desnuda el sueño. Y en esta desnudez el hombre alcanza una relativa liberación:

“El sueño nos penetra,
rompe todos los lazos,
sus aguas nos anegan...”

Sueño, bajo tu manto delirante
el hombre aniquilado se conquista”.

Pero es una liberación relativa. El poeta sabe su contingencia y su fugacidad, y palpa sobre todo el infierno de los insomnios en las noches de espanto y frío delirio, cuando el mundo se deshabet y lo puebla una soledad petrificada. En esa noche, en la que el poeta ha caído, el insomnio es un negro túnel salobre, un mundo tenebroso, una presencia sin orillas, donde el amor es un crimen y un terror compartido, rodeados los cuerpos por una sombra sin tacto. Desde el poema *Al tacto*, parte el grito desesperado de Octavio Paz para la reconquista del propio ser y del mundo:

“Dame, tacto, las formas que conozco...
dadme sentidos míos,
razón que me desvela,
algo que yo conozca y me conozca,
para asirme y asirte,
para reconocerme.

Dame tan sólo el tacto.
en la forma mi sed se reconcilia
y recobro mi ser y mi inocencia”.

Este poema constituye la culminación de la experiencia erótica de Octavio Paz. Delirio frente a la nada final, frente al vacío absoluto. No es casual –nada es casual a su vigilante conciencia- que precisamente tras esta experiencia llevada a un límite increíble, venga el poema *Al Polvo* –tal vez el poema de mayor aliento- en donde, desde la dedicatoria: homenaje a Don Miguel de Unamuno- late la sed y el afán de eternidad, que tan hondamente sintiera el agónico profesor de Salamanca. Es lástima que no podamos –dada nuestra limitación de tiempo- dar lectura completa a este poema de sobrecogedora belleza. Limitémonos, pues, a ver lo que en este poema constituye la salida, más allá de los poderes del polvo:

No puede ser más bello el comienzo:

“Llego, toco a tus puertas,

a tus sedientos límites,
oh polvo sin memoria...”

Más adelante, el vocativo empleado por el poeta da margen a estas ceñidísimas metáforas:

“Oh gris padre del mundo,
amoroso enemigo de mi carne,
comensal silencioso y escondido...”

“Ay polvo avaricioso,
con tan callados pasos me penetras
y todo lo que habitas
tan silenciosamente se despuebla,
que ya tan sólo soy lo que yo fui,
la tumba de mí mismo,
el aposento hueco, desangrado,
del polvo en que me aguardo y atesoro”.

Pero no todo lo destruye el polvo: hay algo que resiste a la callada invasión de este artero poblador de oquedades y vacíos; algo que no es el alma, ni la razón, ni la conciencia, ni la gracia del cuerpo, sino esto que...

“no tiene origen ni asidero, y a quien llamamos oscuramente esperanza...”

Esto que...

“es el manantial del ser; la piedra para edificar, la cal
que liga los huesos de los muertos y los vivos...”

Sepultada en lo más escondido de nosotros, se diría que no existe,
mas su presencia impalpable nos inunda, nos devuelve a nosotros y a
nuestros semejantes”.

El poeta ha levantado su ira que mide sus poderes con el poder del polvo y le opone – sentido efímero en Paz de la sobrevivencia- la esperanza que nutre su hambre radical de eternidad. Leamos la parte final:

“Quítame la conciencia,

anida en mi boca, en mi pecho, en la más viva de mis entrañas,
paraliza mi pulso, deshábitame, muele mis huesos derrotados
borra mi nombre, mi recuerdo, todo lo que soy y lo que sueño...

Pero déjame...
este misterio, este secreto, por el que nunca muero,
raíz de mi existir
roca que me sustenta y me defiende...

Déjame, polvo, esta locura,
esta pueril y loca certidumbre,
por la que te resisto y contemplo tembloroso a mis pies,
al polvo de mi cuerpo y de mi alma,
esperando la hora de la luz invencible”.

Estamos ya frente al gran poeta mexicano. Lirismo tenso, compacto, hondo, presidido por el afán de recobrar su ser y conservarlo, ahora a través de la esperanza en la hora de la invencible luz. ¿Latirá también aquí como en Don Miguel de Unamuno la escondida fe en el dogma de la *Resurrección de la Carne*, que tira, según las palabras del mismo Don Miguel, de todo el planeta hacia arriba? En todo caso, la creencia ha sido pasajera, porque el poeta va al encuentro del mundo. Oigamos, en *Encuentro*, cómo se pregunta devastado por el voraz incendio:

“¿Qué llama me posee?
¿Qué voz devora mi persona?
¿Qué hielo me calcina?”

Y cómo se responde:

“Oh mundo, único engaño verdadero...
oh fugitivo encuentro, mortal beso,
cuerpo sediento en que me reconozco,
herida deliciosa en la que bebo
tu sustancia perdida...”

Adán ha renacido, y ve crecer como a Eva de su costado el olvido, la maldad inocente, la embriaguez recobrada. Todos los dones y todos los atributos brotan de la tierra:

“Tierra mía,
mía como la muerte que late en tus latidos...”

El Mundo Recobrado

Día nacido, cumplida resurrección del poeta en el mundo. Desplome de amor sobre el mundo. Asistamos, aunque sólo sea un momento a la embriaguez del poeta en la belleza reconquistada. Pero antes, permítaseme una pequeña digresión. La naturaleza de esta conferencia no ha permitido análisis pormenorizados de la obra de Octavio Paz. Seguimos una trayectoria, y presos en la sed de agotarla apenas si hemos puesto los ojos en las bellezas del camino. Aunque sólo sea de paso quiero señalar lo fecundo que sería un análisis de estos aspectos: temática y tratamiento estilístico. Nadie, que yo sepa, excepto Rivas Sáinz, en un breve artículo sobre los sentidos y las sensaciones en esta poesía, nadie se ha avocado el estudio de ellos, a pesar de las riquísimas vetas: el paisaje, el color, las flores, la noche, el mar, las nubes, etc. Nada digamos de la importancia del análisis estilístico: la adjetivación, la contradicción como recurso poético, la aliteración en la musicalidad de su endecasílabo, la metáfora y la alternación de los climas ascendentes y descendentes. Lo anterior, a propósito de los ejemplos que me han salido al paso en la revisión de este poema en donde late la embriaguez de Paz en la belleza de la tierra:

“Densas, dormidas nubes, vivas luces,
blando techo de espuma y resplandores...”

“Nubes, delgadas nubes, litorales
que dora y borra un lento sol tardío...”

“El heliotropo con morados pasos
cruza intangible, silencioso, el aire,
en su aroma eclesiástico dormido”.

Imagen en la que Don Pablo Herrera Carrillo veía la culminación del color en la poesía mexicana, y con la que conviene relacionar estas otras de *Libertad bajo Palabra*:

“Las violetas de apretados corpiños,
siempre tras las cortinas de sus hojas”

“Los lirios que en fila comulgaban por la tarde,
el alcatraz de nieve y su grito amarillo, trompeta de las
flores”.

El hechizo se cumple en versos de redonda hermosura:

“Quieto universo que a mis ojos abre
su parada hermosura sin orillas...”

“Tierra, pechos de yerba y agua y tierra...
en tus silencios bebo tu substancia.”

“Hasta mi sangre llegas; en mis ojos
te miras y te tocas; en mí duras,
hecha calma y palabra, pasmo puro
en mitad de ti misma detenida...”

Conviene de una vez decir que al margen de su dramática experiencia, Paz nunca perderá esta embriaguez —a veces sólo como asueto- en la que logra poemas de una belleza desnuda y limpia, donde el paisaje y las formas resplandecen. Así en *Libertad bajo Palabra*:

“Verdor que acaba en oro,
luz que acaba en sabor, luz que se toca,
aire vibrante, humano, hecho de alas,
hueco que deja un cuerpo hermoso que se fuga.”

“Sueña la luz dormida en la arboleda
y sueñan prado y flor. Mas nace el viento
y el espacio se puebla de banderas”.

A la poesía

Último medio de evasión y pasmo es la Poesía: suspensión eternidad, alta quietud erguida, delicia que emerge esbelta lo mismo entre los escaños del tedio que entre los bancos de la tortura:

“Por ti, delicia, poesía,

breve como el relámpago,
el mundo sale de sí mismo
y se contempla puro, desasido del tiempo.
Pueblas la soledad del solitario
y en el arrobo aíslas al hombre encadenado”.

Sin embargo –ya lo hemos visto suficientemente-, no todo es éxtasis y arrobo en la poesía de Octavio Paz. Su experiencia poética es más drama que éxtasis, más lucha que arrobamiento. Drama y lucha en donde amor y odio se entrecruzan, en donde entrega y repulsión se suceden; en donde la desesperación y la esperanza rayan el alma con la misma hondura y la cruzan con la misma huella. A veces, inclusive, hemos visto que los ojos del poeta parecen haber perdido sus proféticos dones y la lengua su misterioso movimiento. La vida misma parece haber alcanzado la tranquilidad de lo cotidiano. Tregua y sólo tregua; tarde o temprano se vuelve a arder en la llama, a sumergirse en el vértigo, a ser preso de la misma esclavitud, de la misma sed y de la misma lucha. Esto explica el poema que cierra las páginas de *A la Orilla del Mundo: A la Poesía*.

“¿Por qué tocas mi pecho nuevamente?
Llegas, silenciosa, secreta, armada,
tal los guerreros a una ciudad dormida;
quemas mi lengua con tus labios, pulpo,
y despiertas los furores, los goces,
y esta angustia sin fin
que enciende lo que toca
y engendra en cada cosa
una avidez sombría...”

Verdad abrasadora,
¿a qué me empujas?
No quiero tu verdad,
tu insensata pregunta...”

Rebeldía que lleva a la conciencia de que toda lucha es inútil:

“Pero insistes, lágrima escarnecida
y alzas en mí tu imperio desolado...”

Subes de lo más hondo de mí...

Ya sólo tú me habitas...
Despiertas a mi tacto,
hielas mi frente
y haces proféticos mis ojos...”

Y por último, la entrega, a través del vértigo hasta la comunión, la resurrección y el reconocimiento:

“Llévame, solitaria,
llévame entre los sueños,
llévame, madre mía,
despiértame del todo,
hazme soñar tu sueño,
unta mis ojos con tu aceite
para que al conocerte me conozca”.

Libertad bajo Palabra

No disponemos ya de tiempo para un análisis detenido de este libro de Octavio Paz. Además, no se necesita. En él encontramos otra vez el despeñamiento del poeta en los abismos de una desoladora soledad: reviven los viejos temas; persiste la misma sed, la conciencia vigilante, el hondo lirismo. Tal vez, la única novedad, sea un estilo en que se hacen intervenir valores estéticos que no habían entrado hasta ahora en su obra: como el prosaísmo y la procacidad, a veces.

Hagamos frente al libro sólo dos preguntas: Primera, ¿por qué libertad bajo palabra? Es el poeta quien responde: porque “contra el silencio y el bullicio invento la Palabra, libertad que se inventa y me inventa cada día. Segunda, ¿cómo precisar la continuación de la actitud vital y poética? Aquí también responde el mismo Paz: “Invento... el juez, la víctima, el testigo. Tú eres esos tres. ¿A quién apelar ahora y con qué argucias destruir al que te acusa? Inútiles los memoriales, loa ayes, y los alegatos. Inútil tocar a puertas condenadas. No hay puertas, hay espejos. Inútil volver los ojos o volver entre lo hombres. Esta lucidez ya no me abandona. Romperé los espejos... La soledad de la conciencia y la conciencia de la soledad, el día a pan y agua, la noche sin agua. Sequía, campo arrasado por un sol sin párpados, ojo atroz, oh conciencia, presente puro donde pasado y futuro arden sin fulgor ni esperanza. Todo desemboca en esta eternidad que no desemboca”.

Poema revelador de esta actitud es *El desconocido*, donde el poeta se palpa otra vez en la noche, cruzando sus soledades, a solas con su alma y llevando por máscara su rostro:

“Nadie lo sigue, nadie lo acompaña...
En la boca elocuente la mentira se anida,...
el vacío hace desiertos los latidos de su pecho.
Dos perros amarillos, hastío y avidez, disputan en su alma.
Su pensamiento recorre siempre las mismas salas deshabitadas...
...sin encontrar jamás...
El muro del perdón o de la muerte...

Nada, Noche, sacia su sed sin término,
péndulo sin reposo,
hambre de ya no ser sino el vacío”.

Ante esa conciencia de soledad y hambre de no ser sino el vacío, irrumpe en *Soliloquio de Medianoche* una dolida nostalgia por el pasado: la infancia, el antiguo fervor, el amor, la gloria, los viejos sueños. Pero, a solas, toca su corazón:

“allí donde los viejos nos dijeron que nacían el valor y la esperanza”.

“mas él, desierto y ávido, sólo latía...
despojo de no sé qué palabra sepultada...”

Y una última certidumbre sobrecoge su espíritu:

“Había muerto el sol y una eterna noche amanecía,
más negra y más oscura que la otra...”

Intenta elevarse a Dios, lo busca en la árida vigilia, en los sueños henchidos de presagios y en los torrentes que el delirio desata; y al final de la búsqueda se encuentra a sí mismo frente al muro.

“le pregunta a la vida y contesta la muerte.
Pero la muerte no contesta”.

Desesperado exclama:

“¡No existes, pero vives,
en nuestra angustia habitas...
en el sueño que engendra y el muro que prohíbe...”

Dios vacío, Dios sordo, Dios mío,
lágrima nuestra, blasfemia,
palabra y silencio del hombre,...
forma terrible de la nada,
gracia del mundo, secreto indecible,
muestra tu faz que aniquila,
que al polvo voy, al fuego impuro..."

Final

Aquí quiero dejar esta primera incursión. Creo que, a través de ella, hemos alcanzado la evidencia sobre las notas que anticipaba al principio como características de la poesía de Octavio Paz: unidad; fusión entre actitud, experiencia vital y obra; desgarradora tentativa de llegar al absoluto; testimonio de amor y odio, de éxtasis y desesperación, de vida y muerte; tradición de los poetas consumidos por las llamas del alto romanticismo; narcisismo intelectual.

•••••

En busca de lo Absoluto, Octavio Paz ha caído en la tenebrosa soledad de su propia conciencia, sin puertas ni ventanas, donde sólo hay espejos que multiplican la imagen del sediento. Solipsismo vacío, desoladora noche subjetiva, condenadas todas las salidas a la esperanza:

"Las aguas del abismo
donde me enamoraba de mí mismo".

Si el poeta, cegado a las luces de la Gracia, se va a hundir en la Noche de un nihilismo absurdo y devorante:

Hacia mí mismo voy; hacia las mudas,
solitarias fronteras sin salida...

Todo se arrastra, inexorable río,
hacia la nada, sola certidumbre...

¿Se hundirá para siempre? Nada digamos: la flecha aún vuela en el aire sin haber concluido su parábola.

LA POESÍA DE MANUEL PONCE

Frente a la experiencia desgarrada y desoladora de Octavio Paz, vamos a levantar la ceñida belleza –afán de perfección última- de la poesía de Manuel Ponce. Poesía sin precedentes y sin compañía en el marco de nuestra literatura; poesía que busca en su seno la adecuación exacta, el equilibrio extremo entre pensamiento y emoción, entre intuición y forma expresiva. Poesía de acerados perfiles en donde se contiene la delgada luz que se filtra para su difusión en las partes, a través de una lírica directa y desnuda o a través de un bosque de metáforas y símbolos. Esbelta, aérea, imponderable poesía; lirismo que hunde sus raíces en la mejor tradición poética, para llevar a florecer la savia en el azul del arte de nuestros días.

No se le busquen antecedentes en México. Habría que ir a Góngora, a Mallarmé, a Rilke; habría que emparentarla en España con el mejor Gerardo Diego y con Jorge Guillén; habría que señalar ciertas coincidencias con los argentinos Marechal y Anzoátegui. Pero con todo esto, aún nos asombraría la singularidad, el sello personal que Manuel Ponce imprime a su poesía.

Contención, refrenada ternura, hondura y ligereza, pluralidad temática, perfección formal adecuada a los datos intuitivos, hermetismo, tales son las principales características de su producción poética.

La obra de Manuel Ponce, hasta la fecha, está recogida en los siguientes libros: *Ciclos de Vírgenes*, *Cuadrigenario y Segunda Pasión*, *Misterios para cantar bajo los Álamos* y *El Jardín Increíble*. Aunque quedan fuera de ellos muchos poemas publicados en las revistas *El Hijo Pródigo*, *Ábside* y *Haz de Provincias*.

Dando un tratamiento distinto del que hemos empleado para el análisis de la poesía de Octavio Paz, voy a tocar muy brevemente –se nos ha agotado el tiempo- algunas de las características que he señalado a la poesía de Manuel Ponce.

Temática

Toda poesía es religiosa, afirma Dámaso Alonso, en el prólogo bellissimo que pone a *Hombre de Dios*, el último libro de José María Valverde. “Buscará unas veces a Dios en la belleza; llegará a lo mínimo, a las delicias más sutiles, hasta el juego, acaso. Se volverá otras veces, con

íntimo desgarrón, hacia el centro humeante del misterio, llegará quizá a la blasfemia. No importa. Si trata de reflejar el mundo, imita la creadora actividad. Cuando lo canta con humilde asombro, bendice la mano del Padre. Si se revuelve iracunda, reconoce la opresión de la poderosa presencia. Si se vierte a las grandes incógnitas que fustigan el corazón del hombre, a la gran puerta llama. Así va la poesía de todos los tiempos a la busca de Dios...” “No muevo yo, libre, ojo, pie, mano sin que oscuramente lata mi vínculo”. Estas palabras del gran poeta y crítico español valen justísimamente para la creación poética de Manuel Ponce. Ya no sólo en cuanto la mayor parte de sus creaciones es religiosa por el tema, sino en cuanto su poesía en totalidad está sustentada por el sentimiento religioso que preside la existencia misma del poeta. Religión originaria sacramentada por el sacerdocio.

“¿Qué mueve a lo pequeño,
a lo grande, a lo rauda, a lo radioso?
¿Por qué lucha el empeño?
¿Por qué pugna el acoso?
¿Qué mueve el movimiento hacia el reposo?”

“Vive y se mueve en torno
y en busca siempre de su causa misma:
es avance y retorno
hacia el inmóvil prisma
donde lo eterno y lo fugaz se abisma”.

“La rectitud lanzada
sobre la cuerda tensa de la vida,
la llama desplazada
del punto de partida
al poderoso vértice atraída...”

Estos versos de Ponce en donde late su convicción íntima sostienen toda su obra poética: lo mismo cuando se pone cara a Dios que cuando canta a su ciudad, o al paisaje atardecido, o al goce efímero de la existencia, o a la rosa, o a la música, etc. Pero sólo entendida así la religiosidad de la poesía, se puede hablar de la poesía religiosa de Manuel Ponce. En sentido restringido, la religiosidad como tema expreso de la creación poética, sería sólo una faceta de su carácter. Con igual razón se le podría incluir dentro de la Poesía Profana. Sólo tendríamos que citar poemas como *La Ciudad Encallada*, *Teoría de lo Efímero*, el que lleva como epígrafe “romero una tarde a

caballo”, la fábula de Eurídice y Orfeo, la Oda en memoria de Manuel M. Ponce, y gran parte de los contenidos en *El Jardín Increíble*. ¿Cómo clasificarlos dentro de la poesía religiosa? En ellos no se percibe ningún sentimiento, ninguna intencionalidad estética que reconozca como objeto una realidad religiosa.

Y aun conviene hacer alguna aclaración con respecto a la poesía religiosa propiamente dicha. Cuando de ella se habla, no se piense de ningún modo en algo que pudiera evocar literatura dogmática, apologética o moral. No. Tal cosa no sería poesía. Piénsese, por el contrario, en el raptó lírico, desnudo el poeta de intenciones ajenas a la poesía misma o al amor o el dolor que la nutre, que lo lleva a cantar en una exaltación emocional desbordada o represa. Veamos algunos ejemplos:

“Las vírgenes arrastran una sombra,
habitan una sombra...

Pasan de vez en cuando,
tangentes de la rosa y el querube,
por un relieve de celistias.

Medrosas
De hacer hasta en el aire heridas”.
(Ciclo de Vírgenes)

“Por ti, la de amor sin mancha,
se desciñen las colinas,
palomares de la niebla”.
(Ciclo de Vírgenes)

“Yo muero por espejismo:
por creer la rosa, rosa,
y darle muerte en mi asedio.
por darle muerte al abismo
y dar en el que me acosa.
muero en la muerte de en medio”.
(Cuadragenario y Segunda Pasión)

“¿Qué más puro ruseñor
hace cuerdas de armonía
de la piel de noche fría,
como el ángel del Señor

cuando pronuncia: 'María'?"

(Misterios para cantar bajo los álamos).

"Ayer en el mercado de azafrán,
sienes como quien va por los trigales,
ojos como quien va bebiendo azules:
estas son sus señales".

(Niño perdido. Misterios...)

O bien este cuarteto de *Al Cristo de mi estudio*:

"Rota el ara, la vida se te vierte
por la heráldica brecha del costado,
¡Oh cántico de cisne asilenciado
y torre en los suburbios de la muerte!

O este fragmento de *Et verbum terra factum est*:

"El agua fue la cuna
en donde se mecieron las palabras;
por eso hay una infancia inagotable
en el mar, en la lluvia y en los ríos.

Quando lo inclinas hacia el lado suave,
se producen los valles deslizados
y los céfiros tienen que afelparse
y hacerse las miradas cadenciosas.

Tu palabra es el oro de las mieses,
tu palabra es el libro que deshoja..."

Y tendremos ocasión de comprobar esto a través de los otros aspectos. Quede pues, apuntado, en contra de algunos críticos, que la temática de Manuel Ponce no es exclusivamente religiosa.

Hermetismo

Comentando la poesía de Manuel Ponce, José Luis Martínez, el sagaz crítico mexicano, dice: “La palabra significa poesía no sólo por el camino del estallido aéreo, del ritmo musical que arrastra o de la agitación que produce en la sensibilidad; significa también poesía por el más escueto camino de la inteligencia, por la tensión lívida, por su con-versión. En los meandros del proceso lógico se recata también una semilla poética, difícil de encontrar pero de inestimable delicia”. Y en otro párrafo: “a la expresión arrobada, balbuceante, Manuel Ponce prefiere siempre la intelectual”. Sólo con muchas reservas podríamos admitir hoy la opinión de José Luis Martínez. Ciertamente que en algunos poemas tal parece ser la preferencia de Manuel Ponce. Pero en ella no hay que ver más que un recurso estilístico, rigor formal, perfección exterior, a través de la cual el poeta vierte todo su amor y su ternura. Y, así como no evita, el tema apasionado, no abandona tampoco el camino del estallido aéreo, el ritmo de la música. Es abundante la ejemplificación de poemas estructurados con la delgada música del soneto, de la lira, de la octava, del romance.

“La noche es una estrella,
la estrella es una rosa ensimismada,
amigo, cuando huella
tu planta electrizada
los confines dichosos de la nada”.

(Oda a Manuel M. Ponce)

“No se mueve la mano,
que rige con seguro movimiento
la tierra, el aire plano,
el ala por el viento,
el volantín azul del firmamento”.

“Ni la mano se mueve
del que hace gravitar el lácteo coro,
el alfajor que llueve
en la noche de oro,
el no escuchado manantial sonoro...”

“A círculos mayores
te impele un viento, un vértigo hacia arriba;
y es propulsión de amores

que a las playas arriba.
Tu movimiento en el amor estriba”.
(*No se mueve la mano*)

“Déjame en la penumbra de mi cielo,
en mi dichoso olvido inacabable,
navegar a merced de lo improbable
en tanto boga mi bajel desvelo.

No quieres, no, romper el duro hielo
que suspendió mi sangre transitable,
ni el lirio de la muerte inmarchitable
quieras plantar en imposible suelo.

Déjame, en fin, seguir mi muerte oscura,
para extraer de tu inefable canto
la vida que me niega la ventura.

Y no alteres la ley de mi quebranto,
porque siendo razón de tu amargura,
yo viviré mientras te dure el llanto”.
(*Fábula de Eurídice...*)

“Oye, pastor de ovejas espumosas,
que apacientas el cándido rebaño
sobre el movable paño
de prados y colinas ondulosas,
donde una vez las rosas
de venus fueron cráteres de estaño
de cuya dulce lava
bebió el mar y la tierra se hizo esclava”.
(*Fábula de Eurídice...*)

Que Manuel Ponce ha pagado tributo a la especie de hermetismo que reconoce como precursores a Poe, Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé, y perfeccionador a Paul Valery, es cierto. A la muerte de este poeta, publicó Ponce en *Viñetas de Literatura Michoacana* (II-2 Agosto de 1945) un artículo que denominaba: *Meditación ante el cadáver de Narciso*. Cito un fragmento de él: “Tu sueño imposible (se dirige a Valery) es un cuchillo frío que vaga en las entrañas de todo amante de belleza y palabras. Nos legas el tormento de Ixión, por atrevernos a la beldad más alta; pero la

lección que de ti recogemos, la herencia de tu espíritu, es el ejemplo de Sísifo que sube y rueda otra vez, por las escaleras de la entrevista cima”. Las palabras finales de la *Meditación* son reveladoras: En ti mismo y a pesar de ti mismo, “en el extremo de cada pensamiento hay un suspiro”. Sin embargo, los ejemplos anteriores nos muestran que Manuel Ponce recoge la herencia de Valery, como la de Góngora; pero le da a la poesía un hondo sentido humano y trascendente. No puede conformarse con la frialdad de una mera perfección técnica.

El hermetismo de Manuel Ponce proviene a veces de los símbolos que –tomados de fuentes bíblicas- vierte en su poesía, como justamente lo señala José Luis Martínez. Pero, eso es accidental. El símbolo, la alegoría, la metáfora –muchas veces de 2do. y de 3er. grado-, las alusiones y las elusiones en doble juego como en la poesía del genial cordobés son médula de su arte, estructura de su estilo. He aquí un ejemplo, lo más lejano posible de toda fuente teológica:

“Cuando la tarde se olvidó la máscara
de nombres, cuando el cielo afloja riendas,...

Metáfora que sólo se explica en función de esta otra implícita: la aurora, el día, pone nombre –máscara- a cada una de las cosas. Y entender esto supone algo más originario aún: que el nombre es lo que distingue una cosa de otra. Las cosas, pues, iluminadas por la luz, reciben la máscara de su nombre, y a la inversa... la tarde última –frontera de la noche- olvida la máscara de nombres. Lo mismo se podría decir de “cuando el cielo afloja riendas”. Los rayos del sol en el cenit se equiparan a tirantes riendas; en la noche, el cielo las afloja, decae el rigor, la rigidez de la luz y del color.

Sin ir más lejos: la manera de invocar Orfeo a Neptuno, tiene todo el sabor del tratamiento estilístico gongorino, toda la intensa musicalidad gongorina.

Véase en otro sentido cómo hace alusión a la muerte:

Nos ha traído una lengua lejana
a este puro silencio de bosque partido,
en el canto de ayer que se delata en nido,
en el silente nido que cantará mañana.

Callamos por la luz que se rebana,

por la hoja que se ha distraído
y cae. Yo estoy herido
de muerte, una muerte venial y liviana.

Cuelga en la luz, cuelga en la rama vencida,
en cuevas perfumadas se despeña,
y en dondequiera pienso y amo, me provoca.

¡Ay ninfa descarnada! ¡Ay muerte más florida!
se prende una rosa, se prende una tarde pequeña
en el risueño plantel de su boca”.

Es decir, la muerte como un jardín, porque a su luz se iluminan todos los grandes temas: el amor, el recuerdo, lo bello, etc. y obsérvese, de paso, como Manuel, para desesperación de los preceptos, traiciona en la métrica todas las reglas del soneto. Versos de 11, de 9, 13 y 14 sílabas.

Suavidad, hondura.

La levedad, el carácter aéreo, imponderable de la poesía de Ponce, podría ilustrarse suficientemente. Algo se habrá visto en los ejemplos anteriores. Rápidamente veamos algunos más:

“Yo me voy a los árboles
del alba
donde labro mis cárceles...”

Desnudez lírica, línea imponderable; apenas pesan las palabras hasta condensarse en “cárceles”, adonde confluye también el dato emocional.

“Vida espiral, la vida
hasta volar, asirse
por las venas del aire...”

Música, afán delgadísimo; ascensión al más alto círculo. Suspiro.

“El mar aquél ¡qué cónclave de espumas!

Aquel monte ¡qué azul de lejanías!”

Pero en toda esta gracia aérea, ¡qué profundidad, qué ternura, qué sentido entrañable se descubre! El poeta refleja el mundo –huella de Dios- en un cántico virginal, desnudo, resplandeciente. Su hermetismo se compensa por la serenidad –música y luz- que destila su poesía, y se justifica por ese afán de perfección última que el poeta se ha propuesto. Presidida por su hondo sentido religioso, la poesía de Manuel Ponce se desploma sobre nosotros o suavemente nos anega; nos sujeta a caminar por las oscuridades de sus símbolos o nos entrega en blandos estallidos la gracia, la sonrisa de su arte; nos entenece o nos deslumbra.

Alfonso Rubio y Rubio